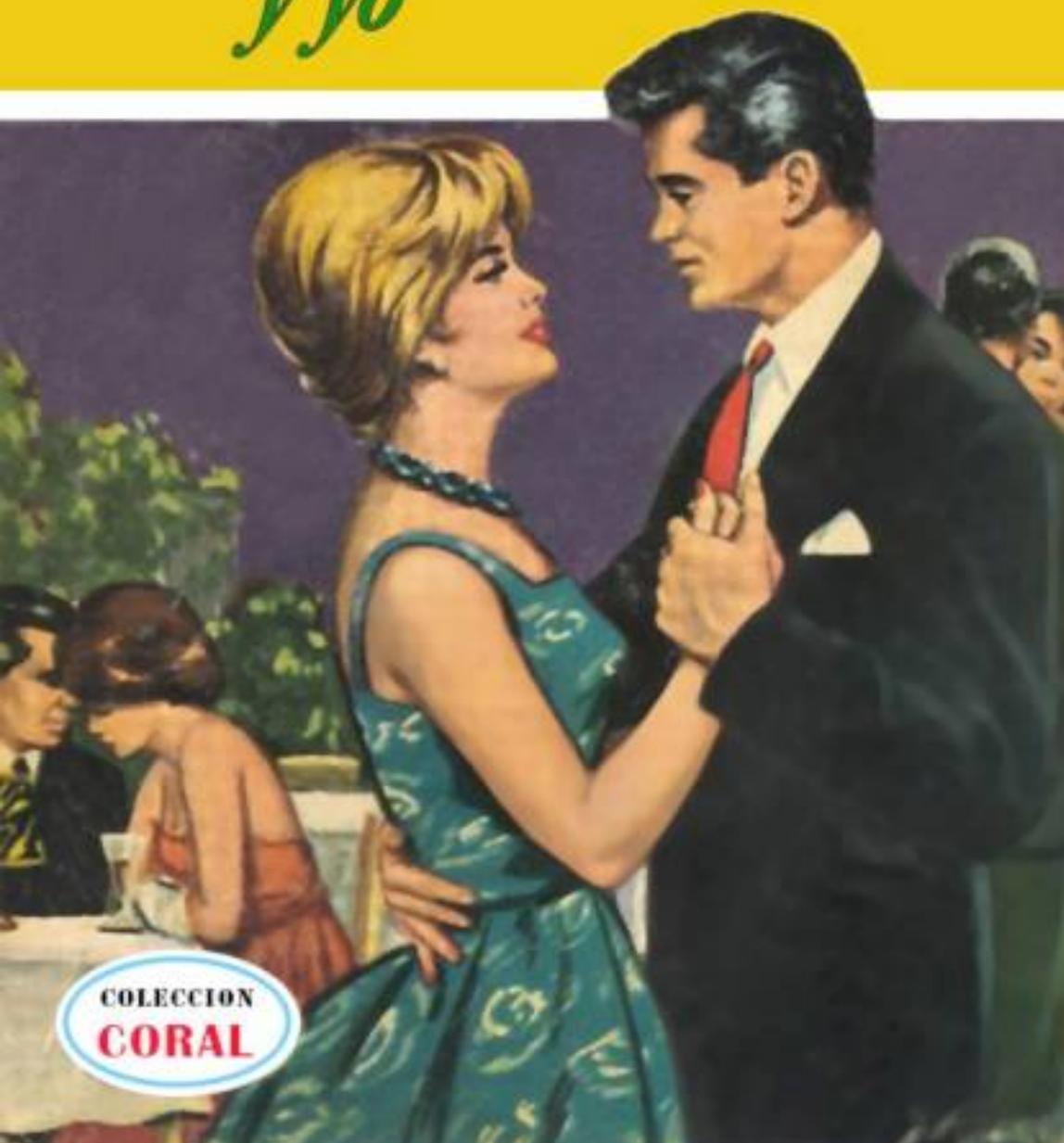


Corín Tellado

*Mi marido
y yo*



COLECCION
CORAL

—Pues es interesante que un hombre así nos siga en silencio, en muda contemplación.

—Te lo regalo.

—Yo no le gusto. Ya ves que ni siquiera me miró. ¿Y te fijaste? Es un hombre interesante, dentro de su misma vulgaridad. Nunca vi ojos más claros, ni semblante más serio. Es un... tipo digno de tener en cuenta. ¿No lo conoces de nada? ¿Nunca lo has visto hasta que decidió perseguirte?

—Nunca.

—¿Te has fijado en el solitario que lucía en un dedo? Cielos, era un brillante de un montón de quilates. Debe de ser multimillonario.

—Que se lo coma todo.

Capítulo 1

-¿**Q**ué sucede, Nat?

Natalia Sand quitóse el abrigo, lo envolvió de cualquier modo y lo tiró sobre una silla. Luego, furiosa, se hundió en el borde de la turca donde su amiga se pulía las uñas, y encendió precipitadamente un cigarrillo.

—El muy cretino.

—¿Quieres explicarte? ¿Quién es ese cretino?

—Mira por la ventana y verás —masculló la preciosidad de Nat—. Mira, mira. Quizá no se haya ido aún.

Desi Farr, la amiga íntima de Nat Sands, rompió a reír comprendiéndola.

—Ya —exclamó, sin dejar de sonreír burlonamente—. Te refieres a tu misterioso perseguidor.

—¿Crees que lo voy a poder resistir?

—Pero si el pobrecillo no se mete contigo.

La heredera de los Sands —linda, rubia, ojos azules como luceros, bonita y moderna— se puso en pie y dio varias vueltas por la estancia como si el mismo demonio la persiguiera. Era esbelta y, aunque no muy alta, resultaba de un atractivo extraordinario. Gustaba a los hombres y todos ellos le hacían la corte. Pero Nat Sands tenía dieciocho años, un padre rico, una posición bárbara en el gran mundo y no pensaba encadenarse aún.

—No sé mete conmigo —masculló, con vocecilla chillona—. ¿Pero qué diablos espera de mí ese adefesio? ¿Le has visto bien? Tiene cara de matón, de negrero. Y unos ojos

que dan miedo, y una boca que parece que va a comérsela a una... El muy cretino... ¿Qué buscará en mí? Para contemplación ya estuvo bien. Si voy al club, me sigue; si salgo de casa a dar un paseo, lo llevo tras los talones; si entro en una sala de fiestas..., allí lo tengo como un clavo. Si voy al teatro, en el palco de enfrente lo veo quiera o no. ¿Qué piensas tú que ese tipo extraño quiere de mí?

—Cortejarte sin duda —rio Desi.

—Vaya forma de cortejar a una. Ni que estuviéramos en la Edad de Piedra.

—Calma, niña, calma.

—¿Cómo pretendes que tenga calma? Hace más de un mes que ese cretino me sigue a todas partes y odio su sombra, ¿me entiendes? Ni sé cómo se llama ni me interesa averiguarlo. Lo único que quiero es que me deje en paz, y si no me deja..., la próxima vez que me lo eche a las narices le digo que se vuelva.

—No te atreverás. Después de todo, el pobre no te hace ningún daño. Te sigue únicamente.

—¿Y te parece poco?

Desi tiróse de la turca y se acercó al ventanal. En la esquina de enfrente, muy tieso, con un cigarrillo en la boca y una mano en el bolsillo del pantalón, esperaba un hombre. No era alto. Su estatura corriente le daba cierto aire vulgarote. Era moreno, casi cetrino, y tenía, según Nat, unos ojos tan claros que daban miedo en un rostro tan moreno. Eran de color pardo —esto también lo decía Nat— y miraban de lado, y sin ser cínicos resultaban descarados.

—Ahí lo tienes, Nat. Seguramente que espera a que salgas de aquí.

Nat, la preciosidad de Nat, se enfureció y sus azules ojos, diáfanos como puras turquesas, se achicaron y su linda boca, que aún no sabía de besos amorosos, lanzó una imprecación sin grandes miramientos.

—Soy capaz de pasar aquí una semana antes de verle de nuevo tras de mí.

—Tú has venido en tu coche. Lo veo desde aquí. ¿Él te siguió a pie? —preguntó Desi, burlona.

—Me siguió en un «Jaguar» qué da hipo, te lo aseguro. Debe ser vendedor de coches, porque desde que le dio por perseguirme, ya le he conocido tres.

—¿Y por qué no un millonario excéntrico?

—Porque los millonarios tienen más cosas que hacer que seguir a las jovencitas.

—Hay de todo en esta viña del Señor.

Se apartó de la ventana y fue a tenderse en la turca junto a Nat, con un pitillo en la boca.

—Nat —comentó de súbito—. ¿Por qué no le preguntas qué quiere de ti?

—¿Yo?

—Sería divertido oírle contestar.

—Mira, Desi, el que yo sea una niña moderna e hija de un poderoso financiero, no me da derecho a pararme en la calle con un tipo semejante y además dirigirle la palabra.

Desi rio de buena gana. Era morena, vivaracha y apreciaba a Nat sinceramente. Se educaron juntas en un gran colegio suizo y una vez ambas en el gran mundo continuó aquella amistad. Ahora salían juntas, se visitaban todos los días y Nat pasaba ratos deliciosos junto a Desi y esta se hinchaba a reír con Nat. Y desde que salió a Nat aquel pretendiente silencioso y extraño, las risas de Desi aumentaron.

—¿Sabes, Nat? No me parece un jovencito.

—¿Jovencito? —desdeñó Nat—. Has de saber que ese tipo —para Nat el desconocido era siempre «ese tipo»— ha hecho el servicio militar por lo menos en el año cuarenta.

—No tanto, no tanto.

—Si es viejo. Tiene arrugas en los ojos, en la frente, en la boca...

—Mucho lo has mirado.

—Chica, un mes siguiendo a una...

- Ya. ¿Sabes, Nat? Me parece interesante.
—Te lo regalo.
—Lástima que no me persiga a mí. Eso produce mucha ilusión.
—Desi, me estás tomando el pelo.
—No, no; lo digo en serio.

* * *

Desi y Nat subieron al auto de la segunda. Era un descapotable, último modelo, regalo de su padre aquel mismo año. Desi miró en torno y dijo con tenue voz:

- Sube a su escandaloso «Jaguar» y nos sigue.
—Ojalá le reviente una rueda y él rueda con ella.
—Las ruedas de ese imponente coche no revientan fácilmente —rio Desi.

Nat puso el suyo en marcha y lo lanzó a toda velocidad.

- ¿Adónde vamos, Nat?
—Al infierno.
—Chica, que yo no tengo la culpa de que le gustes al desconocido.
—Pero tomas a broma mi enfado.
—Mujer, es natural. ¿Por qué no me imitas y lo tomas humorísticamente?

—Ah, si pudiera. Me desquicia que un tipo así siga mis pasos. Me parece que menguo ante mí misma.

—Es un millonario a juzgar por su coche.

Nat rezongó algo entre dientes.

—Que sea lo que quiera —dijo furiosa; no me interesa.

—Ser pretendida por un millonario es interesante.

Nat, soberbia, replicó:

—No necesito los millones de nadie. Gracias a Dios tengo un padre millonario y soy su única heredera. Que el tipo ese se coma sus millones o los regale a la primera desaprensiva que encuentre en su camino. A mí que me deje

en paz. No me seducen los millones. El día que permita que un hombre me acompañe, tanto me dará que sea rico o pobre. Lo que deseo es que me ame.

—¡Ay, qué romántica te has vuelto!

—Soy moderadamente romántica. No me muero ante una puesta de sol, ni pongo los ojos en blanco ante una frase almibarada. A pequeñas dosis, querida mía.

—Ya. Igualito que yo —dijo, burlona—. ¿Sabes? Tu «tipo» nos sigue a corta distancia.

—Verás tú la jugarreta que le hago.

Dio la vuelta en medio de la calzada con el gran enojo por parte de los conductores que rodaban detrás y se metió tras la glorieta. Pitó el guardia y hubo exclamaciones de asombro, pero Nat, impertérrita, lanzó al auto a toda velocidad, metiéndose entre un tranvía y un taxi, y minutos después corría por la carretera general, segura de no ser seguida por «el tipo aquel». Pero de súbito Desi se echó a reír a lo loco y comentó entre hipos:

—Tu «tipo» debe ser un conductor de primera categoría, porque nos sigue tranquilamente.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Viene conduciendo su coche a corta distancia. Y fuma un cigarrillo con la mayor tranquilidad del mundo.

Nat, que era impulsiva por naturaleza, frenó en seco. Desi lanzó un grito y dio con las narices en el parabrisas, y el auto que rodaba detrás dio tal frenazo que chirriante fue a detenerse a dos centímetros del descapotable.

Nat dio marcha atrás y se colocó justamente paralela al otro conductor.

—Óigame —gritó—, ¿puede saberse lo que se le ha perdido aquí? ¿Por qué me persigue usted?

Desi se encogió. Conocía el geniecito de Nat, y sabía que el desconocido iba a salir mal parado por muy ingenioso que fuera dando respuestas.

Pero el hombre no pareció asombrarse ni rebuscar en su cerebro una respuesta. Esta salió lisa y llanamente de su provocadora boca, como la cosa más natural del mundo:

—Me gusta usted, señorita.

—¿Cómo?

—Que me gusta usted —dijo el desconocido, sin inmutarse.

Desi lo contempló con creciente curiosidad, mientras sentía junto a sí la ira de su compañera.

El «tipo aquel» era muy moreno y tenía los ojos más claros y desconcertantes que Desi había visto en su vida. Resultaba un hombre feo, y tenía aspecto de ordinario, pero... no lo era; sin duda no lo era dado el arpegio de su voz lenta, armoniosa; sus manos finas, delgadas, en uno de cuyos dedos lucía un solitario de gran valor. Además, sus modales resultaban altamente delicados y Desi decidió no juzgarle por su aspecto más bien vulgar, pese al color tan poco corriente de sus ojos.

—A mí me gusta mucho el trapezio y nunca se me ocurrió subirme —dijo Nat, ofendida—. Así que siga su camino y déjeme en paz.

—Perfectamente.

Y con la mayor naturalidad puso el auto en marcha, alzó la mano saludando y siguió adelante.

Nat dio una patada en el suelo del auto y lo puso en marcha con precipitación. En vez de seguir tras el auto escandalosamente elegante, dio la vuelta en la carretera y con furia empuñó el cambio de marchas. Puso directa y lanzó el auto a velocidad suicida.

—Niña, niña —gritó Desi—, que no quiero morir aún.

—¿Lo has oído? —chilló Nat—. Que le gusto. Cielos, como si yo fuera una alcachofa. ¿Pero qué se habrá creído el cretino ese? Si vuelve a seguirme...

—Me parece que no te seguirá más —insinuó Desi—. Le has resultado antipática.

—Ojalá.

—Si parece que le ibas a morder, criatura. Le asustaste.

—Creo que a un tipo como ese no se le asusta fácilmente, si bien quiera Dios que se haya impresionado de tal modo que nunca, jamás, se ocupe de mí.

—Pues es interesante que un hombre así nos siga en silencio, en muda contemplación.

—Te lo regalo.

—Yo no le gusto. Ya ves que ni siquiera me miró. ¿Y te fijaste? Es un hombre interesante, dentro de su misma vulgaridad. Nunca vi unos ojos más claros, ni semblante más serio. Es un tipo digno de tener en cuenta. ¿No le conoces de nada? ¿Nunca le has visto hasta que decidió perseguirte?

—Nunca.

—¿Te has fijado en el solitario que lucía en un dedo? Cielos, era un brillante de un montón de quilates. Debe de ser multimillonario.

—Que se lo coma todo.

—Ya; pero..., ¿no volverá a seguirte?

Nat encogió los hombros con aire indiferente.

No volvió a seguirla y Desi todos los días le preguntaba a Nat, hasta que esta estalló:

—No, no, no. ¡No he vuelto a verle!

—No te pongas así, criatura. No parece sino que te contraría no verle.

—¿Quieres acabar con mi paciencia, Desi?

Desi sonrió sin responder. Conocía a su amiga y sabía que el desconocido la desilusionó. Nat deseaba verle siempre tras ella. Se había habituado a su sombra. Pero eso no lo confesaba Nat ni a sí misma.

Capítulo 2

-¿Has resuelto ese negocio que tenías entre manos, Renato?

—Aún no. Firmaremos el contrato esta tarde. Estoy citado en las oficinas de mi nuevo socio.

—Te felicito, papá.

Se hallaban los tres en torno a la gran mesa del no menos grande comedor. Ocupaban un palacio en el barrio más elegante de Nueva York, que ya es decir. Renato Sands poseía fábricas de plásticos y se decía que poseía millones de dólares. Ahora, debido a un nuevo producto que pensaba lanzar en fecha breve, necesitaba el apoyo de un financiero, y este financiero se llamaba Jack Ball, hombre de un capital inmenso, de una inteligencia sorprendente, dueño de minas, ferrocarriles, barcos y fábricas de plásticos en mayor escala que Renato Sands. Este coloso del dólar iba a asociarse con Renato, y de esta asociación dependía el futuro de Sands, si bien esto no lo había confesado a nadie.

Si Jack Ball no firmaba el contrato, Renato iría, quisiera o no, a la bancarrota; claro que esto lo ignoraban su esposa e hija.

—Espero que firme esta tarde —dijo, todo lo sereno que pudo—. Debo reconocer que en otras ocasiones el señor Ball estuvo a punto de asociarse con otras firmas y a última hora no lo hizo.

—¿Tanto necesitas ahora su apoyo? —preguntó la esposa.

—Pues... sí. Sin la firma de Ball, no sabemos lo que podría ocurrir. El mercado sufre bajas que no sabemos aún a qué atribuir. Las acciones se pagan cada vez menos y a eso yo le llamo la antesala de la ruina. Pero todo aquello que toca Ball sube como la espuma, y si mañana los periódicos mencionan nuestra asociación, y la mencionarán si se lleva a feliz término, nuestras acciones subirán automáticamente un veinte por ciento y dentro de unos meses esas acciones no se adquirirán a menos de un setenta por ciento.

—Espléndido, papá.

—Sí. Solo falta que Jack me preste su apoyo financiero. Claro que sin él quizá siguiera adelante, pero en menor escala y exponiendo siempre mi capital en efectivo, cosa que no me gustaría.

—Sin duda el señor Ball firmará el contrato.

—Esperemos que lo haga. Mis abogados lo tienen todo dispuesto para esta tarde y será la entrevista definitiva. Hace un mes que lucho con ese demonio de hombre para convencerle... No es fácil. Resulta un hombre sagaz y muy inteligente, y olfatea el negocio positivo a muchos kilómetros de distancia. Si el mío no le merece confianza, será inútil cuanto haga o diga. Conozco a los tipos como él.

—Confiemos en que todo saldrá bien.

—Confiemos —admitió Renato, con cierto recelo—. Si viniera su padre... Es un buen amigo mío, siempre nos llevamos bien. Pero el hijo...

—¿Murió su padre?

—No. Se retiró a sus posesiones, en las afueras de Nueva York. Tiene una casa de campo extraordinaria. Al retirarse dejó al condenado de su hijo al frente de sus múltiples negocios y... En fin... —añadió, poniéndose en pie y mirando el reloj—: me voy. La entrevista está señalada para las cuatro y faltan veinte minutos. —Suerte, papá.

—Gracias, hijita.

* * *

Las oficinas de Jack Ball ocupaban un edificio entero de veinte plantas. En el décimo piso tenía Jack Ball sus departamentos oficiales y allí se detuvo el elevador que conducía a Renato Sands. Un, botones le condujo al despacho del director, que era Jack, y le hizo pasar.

Tras la gran mesa se hallaba sentado Jack. Era un hombre joven aún, tendría aproximadamente treinta y dos años, y sus vivos ojos tenían la sagacidad de un gato montés. Junto a la mesa había tres secretarias, en cuyas manos campeaban cuadernos y lápices. Más lejos, un hombre alto y enjuto parecía esperar órdenes.

En aquel momento, Jack hablaba por el dictáfono y a la vez dictaba unas cartas que una secretaria tomaba a taquigrafía. Al ver a Renato, con una gruesa cartera bajo el brazo, Jack se puso en pie y agitó la mano sin decir palabra. Las tres secretarias se esfumaron como por arte de magia y el hombre alto y enjuto las siguió por otra puerta. Jack saludó afablemente al señor Sands y le pidió que se sentara.

Él lo hizo tras la gran mesa y cerró la palanca del dictáfono.

—Bien..., no le esperaba a usted tan pronto.

—Su secretario me dijo que a las cuatro.

—Bien, bien. Siéntese cómodo y fume usted.

Alargaba una caja llena de habanos. Renato tomó uno y lo encendió. Jack hizo lo propio y luego se repantigó en el sillón.

—Mis abogados redactaron el contrato, señor Ball. Espero que lo haya leído. Se lo envié esta mañana por mi secretario.

—En efecto. Lo tengo aquí. Es... interesante.

—¿Se lo parece?

—Sí, sí —dijo, sin sonreír. Su pétrea cara desconcertó a Renato. Ya le conocía y sabía su forma de obrar, pero siempre que se encontraba con él le desconcertaba su voz pausada, su impasible rostro, el vivo penetrante de sus ojos—. Me lo han leído y hasta lo mandé grabar en cinta magnetofónica.

—Hallaría usted múltiples ventajas.

—Por supuesto.

—Dígame, señor Ball..., ¿qué acordó usted?

—Asociarme a usted. Me agrada su negocio, la fabricación de sus plásticos sin duda merece garantía, y el negocio, una vez incrementado, dará buenos resultados, pero..., ¿no conoce usted los peros de la vida, amigo mío?

Renato tragó humo. En aquella entrevista se estaba jugando su capital, aunque su mujer y su hija no se hicieran aún cargo de ello. Era mucho el capital invertido y mucho el depósito sin salida. Quizá solo no pudiera salvar ni una pequeña parte. En cambio, si aquel coloso se asociaba..., el capital incrementado daría los resultados apetecidos y podría explotarse el mercado sin temor a nada.

—Dígame, señor Ball...

—Verá usted, señor Sands, le voy a hablar un poco de mí, antes de entrar de lleno en el asunto que nos ocupa. Usted habrá oído decir que soy un hombre positivo, con los objetivos claros...

—Sí, señor Ball.

—Bien. Me alegro de que esté usted en antecedentes de mi persona. La vida para mí no es una obra romántica ni un sainete bien bailado. Es una vida vulgar y corriente que ha de vivirse lo mejor posible. Usted está pasando por un momento crítico en su vida de financiero. Si yo no me asocio a usted... iré a la bancarrota.

—Ignoraba que supiera usted tanto de mí.

—Nunca juego en descubierto. Antes mencioné al hombre positivo que vive en mí. Debido a esto mis negocios han florecido siempre y jamás doy un paso en falso del cual

puede provenir más adelante una caída fatal. Ahora usted me pide ayuda... Desinteresadamente no se la daría. Su negocio, bien trabajado, será de absoluta garantía. Para dar incremento a esas garantías necesita usted dinero... Mi dinero. ¿No es cierto?

—Lo es.

—Bien. Me agrada su franqueza. Como iba diciendo, nunca juego en falso, lo cual quiere decir que el negocio de sus plásticos producirá dinero, siempre, naturalmente, que se mejoren los productos, que se modernice la maquinaria... De esto hablarán los técnicos una vez firmado ese contrato, cuya copia obra en mi poder.

—Yo traigo el original.

—Perfectamente. Ayer tarde reuní a mis consejeros. Hemos tratado sobre eso y hemos acordado firmar, si bien, y como soy el mayor accionista y de mí depende el dar la última palabra, he decidido darla con una condición.

—Espero que dicha condición sea... aceptable.

—Sin duda lo es —dijo, con la mayor indiferencia y resolución—. Y hasta espero que le satisfaga a usted en particular y de modo definitivo.

—Es usted muy amable, señor Ball —comentó cauteloso, pues sabía que las condiciones de Ball nunca le perdían a él y sí, en cambio, a quien las aceptaba.

—Le pido la mano de su hija.

Renato dio un salto en la butaca y quedó sentado de nuevo, con la boca abierta de un palmo. Evidentemente, Jack Ball no andaba con remilgos. Iba a lo positivo, sin apartarse un ápice.

—¿Ha dicho...?

—Sí, eso he dicho —se puso en pie como dando por terminada la entrevista—. Cuando me haya casado con su hija Natalia, firmaré el contrato.

—Pero...

—¿Acaso no le agrado para marido de su... temperamental pequeña?

Renato también se puso en pie. Pálido, nervioso, no sabía dónde meter las manos.

—Es un honor para mí —afirmó, con tenue voz—. Pero usted lo ha dicho. Mi «temperamental pequeña» no se ata fácil. Ella no le conoce a usted. Y por lo tanto no le ama. No será fácil para mí convencerla.

—Los padres... siempre tienen recursos —dijo, frío—. Señor Sands, espero que me invite usted a su casa. En cuanto a la firma que espera..., cuando me haya casado con su hija.

Era el fin de la entrevista, pero Renato no se movió.

—¿Es irrevocable esa condición?

—Absolutamente irrevocable —dijo secamente.

—¿Usted... conoce a mi hija?

—No mucho. Me gusta; me agrada su carácter violento. Es... temperamental.

—Pero no la ama.

—El amor en la vida de los humanos como yo es un sentimiento secundario que casi nunca se tiene en cuenta. Por otra parte, ya le he dicho que su hija me gusta y me será fácil adaptarla a mí.

—No le será nada fácil, señor Ball.

—De eso... me encargo yo.

—Señor Ball... me está usted obligando a algo que considero monstruoso.

Los ojos de Jack relampaguearon.

—Óigame —dijo, inclinando su cabeza a un lado—, ¿sabe usted lo que le estoy ofreciendo? ¿O es que aún no comprendió usted que de golpe hago a su hija la mujer más rica del país?

—La riqueza no da la felicidad siempre.

—Es usted un sentimental, señor Sands. Lo lamento pero no firmaré ese contrato mientras su hija no sea mi esposa. Creo que soy... un hombre justo.

—No es usted justo, aunque me honra ofreciéndome la riqueza absoluta para Nat; pero Nat se considera rica de